

A F A N

Agua quisiera ser, agua en la clara

trenza de un manantial de regadío

que en el secreto del hortal umbrío

un soplo de la brisa destrenzara;

agua de lago en que se remansara

la turbulencia y el resón del río,

y cuya orilla, en el tranquilo estío,

la sed de los rebaños abrevara;

agua de arroyo límpido y corriente

para besar con labio transparente

el musgo de la margen pasajera;

agua del mar azul, sin otro anhelo

que reflejar eternamente el cielo

y decir mi canción en la ribera.

ARTURO BENET

AVE MARIA PURISIMA

RECUERDOS DEL AÑO MARIANO

Extremadura en el Nuevo Mundo. Conquistadores extremeños

devotos de la Inmaculada: PEDRO DE VALDIVIA



ALDIVIA fué, el más valeroso conquistador de Chile. Su devoción a la Purísima Virgen María, es de una delicadeza, conmovedora, correspondida con suaves y decisivos milagros, por la celestial Señora, hasta colmar su empeño prodigioso de ganar pueblos para la civilización, almas para el cielo, brazos y corazones para la madre Patria.

El caudillo extremeño, nacido en Villanueva de la Serena, pueblo rico y laborioso de la provincia hermana, representa una de las figuras de mayor relieve en la colosal empresa americana: Su audacia y valor le nimban de un ardoroso ímpetu y altura, que emerge de su vida de viejo militar, formado, nada menos, que en la escuela de los grandes capitanes de Italia y de los Países Bajos.

La vigorosa arrogancia y el valor sin límites, se habían convertido en la España imperial en norma indeclinable que movía la conducta de aquellos hombres de excepción. Y lo que pudo aparecer terminal empeño de expansión geográfica, tuvo su más claro reflejo en la arquitectura política de esas grandes naciones talladas por España con la fe de Cristo y el emocionante amor a María Inmaculada.

Así el nombre glorioso del conquistador de Chile, va íntimamente asociado al poderoso empuje que transformó, en pocos años el Nuevo Mundo, en pueblos florecientes y libres: España hizo en América, en escaso tiempo, lo que la vieja Europa necesitó muchos siglos.

Este bello territorio chileno, que se extiende a modo de larga cinta de plata, paralela, entre la mole inmensa de los Andes y el Pacífico, fué el más separado de la Metrópoli y el más pobre de cuantos países formaron el orgullo y la corona de la Monarquía española.

Pero señalemos una feliz coincidencia que tanto enaltece a la historia chilena: Chile ha sido siempre el pueblo más adicto y sumiso y el que más se asemeja a la madre Patria, en las costumbres, en los ideales, en la paz, en el cultivo de la ciencia... Pero singularmente, lo que más le identifica con España es la recia devoción y el amor temblante que le orienta hacia la Purísima Virgen María: Chile es un pueblo mariano que ama con pasión a la Santa Madre de Dios, en el Misterio de su Concepción Inmaculada.

Si Almagro cuando le nombraron Adelantado de los territorios del Sur del Perú, se corrió hasta Chile bajando por Bolivia, lo cierto es, que la conquista de este floreciente país estaba reservada y le cupo en suerte a nuestro abnegado y heroico paisano Valdivia.

Valdivia, como todos los conquistadores de América, llevó a los nuevos territorios la política paternal y cristiana de nuestros Monarcas, y junto con el estandarte de Castilla y la Cruz Redentora, la devoción a María Inmaculada.

Movido por un acuciante celo mariano, Valdivia, antes de partir del Cuzco para la conquista de Chile, se encaminó a la histórica catedral peruana, poniendo su arriesgada empresa en manos de la Purísima Virgen María. También fueron bendecidas las banderas del conquistador extremeño que habían de ondear triunfantes en aquellas lejanas tierras, sostenidas por el impulso poderoso de María Inmaculada: El caudillo de la Serena, contrajo el compromiso solemne, de bautizar con los nombres de la Concepción y Santiago las primeras ciudades que fundara en el territorio chileno.

Pronto el sugestivo nombre de la Inmaculada iba a lucir, con un signo de gloria y triunfo, en las más lejanas tierras que descubriera el genio inmortal de Colón. Y también el de Santiago, primer apóstol de nuestra fe, tal vez en memoria del patronato que ejercía en el pueblo natal de Valdivia: En 1550, Valdivia funda la ciudad de la Concepción en Chile, según informaba el propio conquistador al César Carlos V.

Devotísimo de la Virgen sin mancilla de pecado, Valdivia solía levantarse a medianoche para rezar las «Horas de Nuestra Señora», y hacer otras devociones piadosas como lo atestigua Gaspar de Villaruel.

Como Pizarro, Cortés y otros tantos y tantos caudillos españoles que llenaron el mundo con la fama de sus nombres, Valdivia dedicó el primer templo cristiano de Chile a la Santísima Virgen María. Allí se comenzó a dar culto a una imagen que le había acompañado en las triunfales campañas de Italia, Flandes y el Perú, floreciendo la devoción a la milagrosa Virgen de Guadalupe, norte y guía y aliento poderoso de los conquistadores.

Un día, refiere un cronista chileno, hallándose los españoles en la ciudad de Santiago acometidos por una nube de indios, Alonso de Monroy exhortó a su pequeña hueste a poner toda su confianza en la protección de la Santísima Virgen María y con esta ciega fe en la Santa Madre de Dios, se lanzaron luego a la lucha seguros de la celestial ayuda, siendo al fin derrotados los indios, después de una batalla de más de veinticuatro horas.

Y cuenta el historiador, Mariano Bovera, que los indios prisioneros huían despavoridos diciendo: «Que una Señora muy hermosa les cegaba los ojos en la batalla arrojándoles arena».

En acción de gracias, por tan memorable triunfo, los franciscanos expusieron al culto aquella imagen de la Virgen milagrosa que había regalado Valdivia.

Caso parecido relata Rodrigo de Quiroga, pues con escaso nú-

mero de españoles fueron vencidos gran número de indios, atribuyendo el triunfo a una bella mujer que les arrojaba polvos cegadores.

Esta fúlgida intervención de la Purísima Virgen María, fué, como la estrella orientadora en la dura conquista de Chile.

Y en la épica lucha que inmortalizó Ercilla, poeta y soldado, en la «Araucana», se relata con viva emoción una larga cadena de prodigios singulares que obró la Virgen Purísima en favor de los soldados de España, raza fuerte y dichosa por buena y por cristiana.

El capitán Venegas contempló el grave peligro de cincuenta españoles cercados por más de 2.000 indios, comenzando la batalla sin esperanza de alcanzar la victoria por parte de los nuestros. Pero en tan grave aprieto, otro valeroso capitán, Francisco de Galdemes, arengó a sus soldados, invitándoles a luchar como españoles, invocando la protección de Dios por medio de la Virgen María. Ante el peligro todos hicieron promesas de ir en procesión, descalzos, hasta el altar de la santa imagen que se veneraba en la iglesia imperial.

Con ardor bíblico, atacaron los españoles y bien pudieron ver, cómo los indios cesaban en la pelea, apartándose y dejando en libertad a los soldados de Valdivia. Los indios decían: «Que de repente, se les había desaparecido el afán de luchar que antes dominaba su ánimo».

Valdivia, creyente y heroico, daba cuenta a Carlos V de tan milagrosos sucesos. Le contaba, que los indios habían visto a una Señora vestida de blanco, muy hermosa y resplandeciente, que les decía: «Servid a los cristianos y no vayáis contra ellos, porque son muy valientes y os vencerán». Y en el mismo relato, el Conquistador de Chile hacía saber al Emperador: «Tan buena maña me he dado, con la ayuda de Dios y de Nuestra Señora y del Apóstol Santiago, que se han mostrado favorables y a vista de los indios naturales... que en cuatro meses traje de paz todas las tierras».

Terminemos con el recuerdo de una linda y poética tradición chilena.

Por el año 1554, cuando Valdivia hizo fundar La Serena en memoria de su pueblo natal, llevó una imagen de María tallada en cedro, altura de un metro, hábilmente vestida con túnica rosada y manto azul salpicado de relucientes estrellas. Mas al ser arruinada la ciudad por los indígenas y huir los españoles, se llevaron éstos, la imagen bendita escondiéndola en las fragosidades de Andacalfo, el rico país del oro. Pero pocos años después, descubrió un indio la venerable imagen que se hizo célebre por los milagros, levantando la fe religiosa del pueblo chileno, un templo a su Virgen que, por la gran devoción, ha pasado a ser el santuario nacional de Chile.

En Chile, como en los demás territorios de América y a imitación de España, nuestros gloriosos conquistadores fueron sembrando santuarios como flores de bendición y gracias para servir de trono encumbrado a la hermosa y augusta perla cuajada al rocío consolador de los más altos cielos: A la Purísima Madre de Dios.